SMB – La más fingida ocasión y Quijotes encontrados, fragmento

 MAESE ROQUE.- Bienvenidas sean vuestras mercedes a la venta de Maese Roque. Llámanme Maese Roque desde mi viejo magisterio en el oficio de peraile, que abandoné por este sinvivir que es un mesón cercano al Camino Real. Y aquí me tienen, dispuesto a servirles. Cuenta Cide Hamete Benengeli las famosas hazañas del caballero Don Quijote, recogidas en su vejez por un llamado Miguel de Cervantes, que si es quien yo creo, se aposentó más de una vez en mi venta. No leí yo aquellos hechos, pero sí escuché relatarlos a numerosos viajeros. Hasta que un buen día apareció por aquí un caballero que así decía llamarse.

 TRISTE FIGURA.- ¡Sancho! ¡Sancho!

 MAESE ROQUE.- (*Señala arriba, al corredor, donde está asomado el Caballero de la Triste Figura*.) Ahí lo tienen, como alma en pena, esperando la llegada de un su escudero, de nombre Sancho Panza. Lejos estaba yo aquella tarde de imaginar los extraños sucesos que tendrían lugar en mi venta. Porque no sabía que para entonces las aventuras de aquel caballero habían sido ya copiadas, ya robadas, y que había más de un Don Quijote por esos mundos.

(…)

 TRISTE FIGURA.- ¡Sancho, Sancho, cuánto te tardas en acudir en auxilio de tu señor! Ruego a Dios que le dé alas a Rucio como las que tuvo Pegaso y me traigas noticia de las embajadas habidas para mí en la aldea.

 MAESE ROQUE.- Ahí le ven, planeando arbitrios. Otras personas enredaron aquel día en la venta, y entre ellas (*Señalando a Mariana*) una muchacha que su padre me encomendara como sirvienta y que tanto al buen viejo como a mí nos salió rana. Y otras más, ya podrán comprobarlo vuestras mercedes. Pero mejor será que pasen a mi humilde mesón y en él se instalen, que el caballero muestra impaciencia por hablar, y no es cosa que yo interrumpa a tan ilustre huésped. (*Mutis, mientras habla el Caballero de la Triste Figura*.)

 TRISTE FIGURA.- ¿No serás presa, Sancho, del encantamiento del mago Cerbero, ese enemigo mío? Entrega te hice de la triaca y del bálsamo, y con ambos has de regresar salvo a quien te espera con el anhelo deshecho. ¡Sancho, hace días que te aguardo! GASPAR.- ¿Quién se queja de ese modo?

 MARIANA.- Es un hidalgo que ha llegado de tierras catalanas, aunque mi amo piensa que es de por aquí. Es gentil y liberal, pero tiene en la cabeza un nido que pájaros revoltosos.

 (*Córrese lentamente la cortina del aposento del Caballero de la Triste Figura, ocultándole*.)

 GASPAR.- ¿Es un loco?

 MARIANA.- ¡Pobre caballero...!

 GASPAR.- Aquí el único loco soy yo. Por quererte.

 MARIANA.- Yo soy la loca. Por escuchar.

 GASPAR.- Tú puedes dejar de escucharme, si quieres, aunque con ello me mates. Pero yo no puedo dejar de quererte, pues de ese modo me muero.

 MARIANA.- Parlero es el estudiante.

 GASPAR.- Parlero no, sino poeta. La poesía puesta al servicio de la belleza de una dama de distinción, lo que nunca creí hallar en un lugar perdido de esta comarca. Señora eres, aunque te disfraces de sirvienta. No villana, mas señora de este lugar y de mi pobre corazón, a ti rendido. No desdeñes mi palabra, pues nunca palabra alguna fue más fiel a un sentimiento.

 MARIANA.- ¿Qué contiene ese sentimiento?

 GASPAR.- Por un acaso, promesa de ventura.

 MARIANA.- Lisonja es, no promesa.

 GASPAR.- ¿Qué quieres que te prometa, Mariana mía?

 MARIANA.- No quiero promesas antes de saber la verdad.

 GASPAR.- ¿Qué verdad?

 MARIANA.- La de vuestra merced.

 GASPAR.- Te lo he dicho, desconfiada. Me llamo Gaspar Flores de la Espesura, soy hijodalgo, estudiante en Salamanca y feliz propietario de huertas en unas lindes de la corte. Mi familia posee tierras en Talavera...

 MAESE ROQUE.- (*Al paño*.) ¡Cómo insiste ese barbián y con qué gusto le da palique la Blasa! (*Alto. Al hablar, sorprende a ambos jóvenes, cada uno de los cuales reacciona a su manera: azorada la muchacha, propio de su condición servil y pudorosa; jaque el estudiante, inadecuado a lo elevado de su formación académica y lo honesto de su propósito confeso*.) Mariana, ve a buscar el servicio de almuerzo para el caballero... (*Finge sorprenderse. Con ironía*.) Mi señor don Gaspar, le suponía enfrascado en sus latines.

 GASPAR.- A ello iba, maese Roque, y no hacía sino pedirle a Marianilla que a su hora me trajera colación, que ensimismado en mi estudio dejara pasar el santo día si un alma buena no me acuerda los deberes que no son del espíritu.

 MAESE ROQUE.- (*Mueve la cabeza, nada convencido por el verbo del joven. A Mariana, que sigue embobada*.) Arrea escaleras arriba con el servicio del caballero, que está ayuno de tanto ojear por la ventana el regreso de su escudero...

 (*Sale Mariana apresuradamente, corrida e intimidada. Llega a un aposento, donde prepara unas viandas que portará más tarde*.)

 MAESE ROQUE.- Nada tenía que advertir, tengo a honor que todos los huéspedes de esta venta sean prevenidos hasta tres veces a la hora en que los estómagos entonan el Angelus.

 TRISTE FIGURA.- (*No se le ve, corrida la cortina de su cuarto*.) Sancho, ¿pues que aún te tardas, peregrino en tu patria?

 GASPAR.- ¿Quién es ese lunático, maese Roque?

 MAESE ROQUE.- No es lunático, y vuestra merced, con su medicina, debería comprenderlo mejor que nadie. Es un buen hidalgo, que anda trastornado por un hartazgo de conceptos que su pobre cabeza no ha podido digerir. Es la fiebre del exceso, mala en el estudio como en la lascivia.

 GASPAR.- ¿Compara una cosa con la otra?

 MAESE ROQUE.- Vuestra merced conoce bien al menos una.

 GASPAR.- Sí, a fe mía. Conozco el estudio y sé de la otra por los desórdenes que provoca en la carne de tantos desdichados. Y también por oídas.

 MAESE ROQUE.- Discreto es vuestra merced.

 GASPAR.- No tanto que no sienta un punto de curiosidad por lo que le suceda a ese hombre que grita desde arriba a ese llamado Sancho. He conocido locos en las reclusiones de la corte y de varias villas castellanas y andaluzas.

 MAESE ROQUE.- Sepa, mi buen estudiante, que se trata de un caballero andante de esos que salvan a la humanidad de sus males.

 GASPAR.- ¿Los males de este siglo?

 MAESE ROQUE.- ¿De este siglo? Eso espero. Bastante tiene con ellos, como para acudir a los de siglos pasados.

 GASPAR.- Como futuro médico temo que ese pobre hombre lo que precisa es un reposo.

 MAESE ROQUE.- ¿Un encierro? No, este caballero es pacífico, y hasta bueno. Se acerca a la ancianidad con estoicismo y con mansedumbre. Sólo que le pudre la injusticia.

 GASPAR.- Suficiente para que un día deje de ser pacífico. Lo sé por lo mucho que tengo visto en Salamanca.

 MAESE ROQUE.- (*Mueve la cabeza, incrédulo*.) Quede con Dios, que me llama la mucha faena. (*Para sí, mientras se retira*.) ¿Qué sabrás tú de Salamanca, majagranzas? ¿No la habrás atravesado formando comitiva en cuerda de presos? (*Llega al punto donde Mariana termina ya de preparar la comida del caballero*.)

 GASPAR.- (*Solo en el punto exterior*.) Viejo impertinente... Mas ¿de qué me quejo? ¿Han sido alguna vez los ancianos, celosos del vigor de la juventud, auxilio de enamorados...? Cuento con la dulce Mariana, sólo con ella, que tan llena está de vida y, aunque no lo sepa, de inquietud y de anhelo... La veo como un fruto en sazón dispuesto a caer en la mano que la aguarda paciente, mas con ansia.

(…) (*Sale*.)

 MAESE ROQUE.- ¿Qué te recuesta ese belitre?

 MARIANA.- ¿De quién me habla usted...?

 MAESE ROQUE.- Bien que lo sabes, fingidora. Aleja a esa sombra de ti, que no ha de echarte sino dado falso. Le respondo de tu honra al Blasillo, tu pobre padre, y de que salgas de aquí lo mismo que entraste. Ese no es estudiante, sino algo más y menos un buscavidas. En alguna parte le está esperando un acero albaceteño, pero mientras lo encuentra, más de una honra saldrá perdida.

 MARIANA.- Es hombre principal. Vos vísteis sus papeles.

 MAESE ROQUE.- ¿Qué son los papeles, si nada garantizan? Sabelo bien, Marianita: tienes pena de expulsión de esta casa, y para siempre, si haces oídos a cualquier huésped que te enlabie el espinazo con la mocedad de su canto. Así que ya lo sabes... Y, ahora, sube ese azafate al hidalgo (*Mutis*).

 MARIANA.- (*Sola, con el azafate en la mano*.) Don Gaspar, mi Gaspar... ¿Será posible que un caballero tan distinguido me engañe...? ¡No...! Soy discreta, apañada, hermosa. Y distinguida, como él dice. Distinguida como una hidalga. Gaspar, don Gaspar, saqueme de este campo y lléveme a la corte, donde sabré manejar los frutos de esas huertas y darle otros frutos vigorosos de mi propia cosecha, a cambio tan sólo del hálito bendito de su nombre. (*Sube hacia el cuarto del de la Triste Figura*.)

 (*Descúbrese la cortina del aposento del caballero, donde éste se encuentra solo*.)

 TRISTE FIGURA.- No ha mucho era aún el Caballero de los Leones, mas ahora vuelvo a ser el de la Triste Figura, por el encantamiento de que es presa la sin par Dulcinea, mas también por aquel singular combate que quedó en tablas con el Caballero de la Blanca Luna. Sé que ese caballero, enemigo mío, mas gentil y discreto, desea que deje el campo libre a solas sus hazañas, y que no le concurran las mías. Y a punto estuve de caer bajo su lanza. No volveré a ser el Caballero de los Leones hasta que, como un león, le venza, y hasta que venza el encantamiento con que mi gran enemigo, el infame Cerbero, tiene sometida a Dulcinea.

 (*Mariana llama a la puerta del caballero*.)

 MARIANA.- Caballero, soy yo, Mariana, para servirle, que le traigo de comer.

 TRISTE FIGURA.- ¡Qué escucho! (*Corre a abrir la puerta. Mariana se lleva un buen susto*.)

 MARIANA.- Señor don Quijote, yo...

 TRISTE FIGURA.- ¡Dulcinea mía! Pasa, pasa, dejame que tome yo ese servicio, que tus manos están hechas para muy otro menester. (*Le arranca el azafate. Ante el azoramiento de la muchacha*.) Pasa, te lo ruego, que es mi martirio verte así, desa guisa, como sirvienta en este castillo, cuando eres señora de tantas almas. (*Deja el azafate encima de una mesa*.) Señora, no me es posible recuperar el ser que me habéis quitado. ¿Pretendes restituirlo con alimentos de cuerpo, cuando es mi alma lo que enflaquece y muere?

 MARIANA.- (*Penetra, cohibida, en el aposento*.) Señor, no está bien que yo...

 TRISTE FIGURA.- (*Cierra la puerta tras él*.) Mas perdoname, que no es momento de reproche. De sobra sé que eres presa de un encantamiento, pues fuiste transformada de gentil dama en rústica aldeana, pero el tal se borrará pronto por las disciplinas que por ti se inflige mi escudero, Sancho Panza, que se palmea todos los días para borrar el maleficio que te aherroja. Y por el singular combate que entablaré con mi enemigo Cerbero, que ha aprovechado mi ausencia de la patria para enseñorearse del lugar. Y por si eso fuera poco, no ha mucho que he visto impreso un libro que se pretendía segunda parte de mis aventuras, pero no hay en él más que un falso Don Quijote y un falsísimo Sancho. Que el autor fingido de ese embuste pretendía nada menos que Don Quijote ya no amaba a Dulcinea del Toboso. ¡A ti, dama de mis pensamientos y luz de mis oraciones! (*De repente, echa mano de espada y arremete, con aparente serenidad y cargado de razón, contra el azafate. Vuélcase todo su contenido, ante el estupor y el temor de Mariana, mas él no parece advertir el estropicio ni su efecto en la joven*.) Sólo falta que llegue mi escudero con un encargo que le he hecho, y acometeremos la última aventura... Mas antes habré de enfrentarme, en el Campo de Montiel, con el Caballero de la Blanca Luna. (*Enarbola la espada, que aún llevaba empuñada*.) Ese caballero se atrevió a desafiarme, queriéndome obligar a decir que su dama era sin comparación más hermosa que tú, Dulcinea del Toboso, so pena de darme muerte, y retándome a singular combate para que yo, vencido, dejase las armas y me abstuviera de buscar aventuras, me recojiera y retirase a mi lugar por tiempo de un año, donde habría de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así convenía al aumento de mi hacienda y a la salvación de mi alma[[1]](#footnote-1). Pero yo..

 MARIANA.- (*Atemorizada*.) Mi señor caballero, tengo que marcharme...

 TRISTE FIGURA.- (*Se arrodilla, dejando caer la espada a un lado*.) Soy tu caballero, y tú mi dama. Soy tu servidor, y tú mi señora. Y diría que soy tu devoto, y tú mi diosa, si no fuera herejía este concepto.

 MARIANA.- Vuestra merced me confunde.

 TRISTE FIGURA.- Más confundido estoy yo, amada Dulcinea, de verte como te veo y no poderlo remediar al instante con la fuerza de mi pecho y de mi espada. Mas pronto llegará nuestro desquite, al que muy luego ha de seguir el mayor gozo.

 MARIANA.- Debo retirarme, Don Quijote.

 TRISTE FIGURA.- Hazlo, y guarda silencio, discreta y bella Dulcinea, que el silencio es necesario en este trance. Y que sepas que el tiempo es aliado de nuestro amor y que Dios bendice amores tan profundos y castos.

 MARIANA.- Será como dice vuestra merced... (*Se dirige a la puerta, como impulsada por atroz desasosiego. Abre, y se vuelve al caballero*.) Quede con Dios, gentil caballero.

 TRISTE FIGURA.- Que Él os guarde y me ayude a libertarte, sublime Dulcinea del Toboso...

 (*Apresurada, retírase Mariana. Se corre de nuevo la cortina del aposento del Caballero de la Triste Figura, quedando éste oculto. Mariana baja hasta el patio, al que en ese momento llegan Maese Roque y Tello, platicando de muy otras cuestiones*.)

 MAESE ROQUE.- Escúchame con atención, Tello, que esto es muy de tu interés. ¿Tú quieres a Mariana?

 TELLO.- La quiero, mi amo, y deseo hacerla mi mujer.

 MAESE ROQUE.- Pues andate con lectura, que corres peligro de perder lo que anhelas.

 (*Tello no tiene tiempo de responder, ni siquiera de asombrarse, porque las exclamaciones de Mariana, que llega hasta ellos, han enturbiado las últimas palabras del ventero*.)

 MARIANA.- ¡Mi amo, mi amo, el caballero está loco y por poco si me coloca en un mal pleito!

 MAESE ROQUE.- ¿Qué cuentas tú ahora, menguada?

 MARIANA.- El caballero ha arrojado por el suelo los platos que le he subido y me nombra como una tal *Dulcina* del Toboso.

 TELLO.- Ya le decía que ese hombre no era de fiar.

 MAESE ROQUE.- Calla tú, desventurado, que desconfías de lo que no te atañe y descuidas tu gallinero a la raposa. Venga, Marianita, sosiega tu ahogo. ¿No me dirás que el caballero te ha ofendido?

 MARIANA.- No, sino asustado. Dice sinrazones que confunden al más pintado, que habla más de lo discreto que de lo verdadero.

 TELLO.- ¡Hay que expulsarle de esta casa!

 MAESE ROQUE.- Sabed los dos que este don Quijote se cree andante caballero, de aquellos que como Amadís o Belianís iban deshaciendo entuertos y redimiendo encantamientos. Su criado, a quien él considera su escudero, ha ido a la aldea de este buen hombre en busca de numerario y provisiones. Cree el caballero que es para una gran aventura, y así lo cree también el infeliz de ese escudero, que se llama Sancho Panza y es un labrador con más espíritu que juicio. Mas el caballero espera de su escudero una embajada. No han considerado prudente caballero y escudero que se presentara allí Don Quijote, por temor al encantamiento que tiene preparado un mago muy grande enemigo suyo, del que ya han sido víctimas amigos y familiares a quienes tiene el deber de liberar. Lo hará una vez que conozca el contenido de aquellas embajadas, libradas por caballeros amigos suyos que quieren salvar a la tierra toda manchega del maleficio de aquel malvado mago. Mas hay otro caballero, el de la Blanca Luna, que estorba los afanes de Don Quijote. Y este Don Quijote, para remate del cuento, anda enamorado de una dama llamada Dulcinea del Toboso, que está encantada por ese mago. Por ventura, que te habrá confundido con ella.

 MARIANA.- Y aún dijo que yo era esa *Dulcina*, pero encantada.

 MAESE ROQUE.- Vive el cielo que me asombra ese dislate, mas ved que es hombre de paz, pese a sus arranques. Sabed que toda su historia se ha contado en un bello libro hace algún tiempo, pero bien se ve que para vosotros no hay libro que merezca cata, como tampoco copla de ciego que no os encandile.

 MARIANA.- Entonces, mi amo don Roque, ¿quiérese decir que este Don Quijote es salido de un libro y no cristiano de carne y hueso, como nosotros?

 MAESE ROQUE.- Pues claro que es cristiano, y según le veo, muy buen cristiano, que atiende a sus oraciones sin exagerarlas, y a su piedad sin darle pregón. Anda ahora inquieto por esas aventuras, mas es un hombre muy de espíritu.

 MARIANA.- De espíritu será, mi amo, porque de la comida nada quiere saber, que derramó por el suelo las viandas que le traje.

 MAESE ROQUE.- Anda a prepararle unas migas, que todavía quedan en la cocina, no vaya a ser que desfallezca del mucho velar y del poco comer. Pero que se las sirva Tello aquí, en esta mesa, no sea que te tome de nuevo por la aparición de Dulcinea del Toboso. (*Van a salir ambos, pero Maese Roque toma del hombro a Mariana*.) Muchacha, domeña esos lucios cascos, y mira al buen mozo que te acompaña; respetale como aquello en lo que se va a convertir.

 MARIANA.- ¿Qué quiere decir, mi amo?

 MAESE ROQUE.- Nada. Andad para dentro. (*Entranse Mariana y Tello. Solo, Maese Roque llama a Don Quijote*.) ¡Mi señor Don Quijote, mi señor don Quijote! (*Se descorre la cortina del aposento del caballero*.)

 TRISTE FIGURA.- (*Se asoma*.) ¡Ah, señor Marqués, lo que podría contaros, que he tenido una muy turbadora visión!

 MAESE ROQUE.- ¿Qué ha sido el suceso?

 TRISTE FIGURA.- De la visión, prefiero callar por ahora, que no es para dicho desde balcones. Lo otro es que he derramado el servicio de almuerzo que me habéis hecho llegar.

 MAESE ROQUE.- (*Le interrumpe*.) Nada se me importa de eso, don Quijote. Ya lo recogerá Tello muy luego, que minucias así tienen buen remedio. Baje ahora, se lo ruego, que le serviré en esta mesa, a la sombra, una buena merienda.

 TRISTE FIGURA.- Para meriendas no estoy, Marqués.

 MAESE ROQUE.- Entonces, le pido compañía, y me contará las tales visiones.

 TRISTE FIGURA.- Sí haré. Y agradezco tanta solicitud. Ya me bajo.

 (*Se corre la cortina. Aparece Tello, con un plato y recado de cubertería*.)

 TELLO.- Las migas para el caballero.

 MAESE ROQUE.- Dejalas ahí mismo y vete en buen hora con Mariana, que te hace buena falta.

 TELLO.- Pero ella se ha escapado de mí con disculpa de sus obligaciones.

 MAESE ROQUE.- Pues no descuides tú las tuyas con ella, o habrá que lamentar que no pueda ser lo que tendría que haber sido. Que nos ves ni por tela de cedazo.

 TELLO.- A fe que no os comprendo, amo.

 MAESE ROQUE.- Calla ya, impertinente iluso. Cuando veas aparecer al caballero, traspones arriba y recoges lo caído.

 TELLO.- Malhaya...

 MAESE ROQUE.- ¿Maldices?

 TELLO.- No, sino me quejo.

 MAESE ROQUE.- Ya hablaremos de eso.

 (*Llega el caballero, que ha descendido desde su cuarto. En ese momento, el ventero le hace una señal imperiosa a Tello, que sube al aposento de Don Quijote*.)

 MAESE ROQUE.- Mire que se enfrían esas migas que están diciendo cómeme. Que está vuestra merced a diente y es necesario el alimento, como el bautismo o la confesión, que una cosa no quita la otra y las Escrituras nos prescriben todas.

 TRISTE FIGURA.- (*Se sienta a la mesa, y le acompaña Maese Roque, que escancia vino para ambos*.) Buen castellano, no es tan grande mi apetito como su hospitalidad, pero déme tiempo y daré cuenta de este plato que su generosidad me ofrece y su cuidado me encomienda. Hay que vivir, y viviré para tantas venturas como me aguardan una vez que regrese mi escudero.

 MAESE ROQUE.- Anímese, pues, mi señor don Quijote, y haga honor a los fogones de esta... de este castillo. (*Se retira. Mientras lo hace, dice para sí:*) Si no fuera por la bolsa que dejó aquel labriego al servicio del orate, me alarmaría tanto relato de mi generosidad a cambio de servicios y sustento. No es siglo para convites ni es mi espalda para doblarse devota y por amor al arte.

 (*Se escucha rumor de caballerías*.)

 TRISTE FIGURA.- Debe de ser mi escudero.

 MAESE ROQUE.- (*Asomándose al portalón*.) No, sino un caballero, con un servidor que en nada se asemeja al suyo.

 TRISTE FIGURA.- Ya se tarda.

 MAESE ROQUE.- No se impaciente, que la mejor ventura precisa de feliz preparación.

 (*Entra don Álvaro Tarfe, de viaje, precedido de Tello*.)

 TELLO.- El caballero quiere aposentarse por una noche.

 MAESE ROQUE.- Ve a ayudar al criado en la cuadra. (*Sale Tello. A don Álvaro*.) Bienvenido sea, caballero. Me honra su presencia.

 DON ÁLVARO TARFE.- Y a mí me place la posada, que parece limpia y fresca.

 MAESE ROQUE.- Sigame vuestra merced, que le mostraré su aposento y el de su criado. Para serviros, Roque Cenicientos, patrón de esta venta.

 TARFE.- Y yo me llamo Álvaro Tarfe.

 (*Al oír esto, el de la Triste Figura presta gran atención*.)

 MAESE ROQUE.- ¿Lleva largo viaje?

 TARFE.- De la corte venimos, y regresamos al Andalucía.

 MAESE ROQUE.- Largo camino queda. Y, en parte, peligroso.

 TARFE.- En Almuradiel tomaremos refuerzo con otros viajeros antes de encarar Sierra Morena.

 MAESE ROQUE.- Sensata prudencia, tan necesaria en estos tiempos. Hágame la merced de seguirme por aquí. (*Salen ambos*.)

 TRISTE FIGURA.- (*Se levanta, mirándolos irse*.) ¿Es posible...? Cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, escrito por un falsario que se inventó otro yo mío que nada tiene que ver conmigo, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

(…)

 (*Regresa Tello, que precede a otro caballero, casi un anciano, equipado como un caballero andante. Éste no es sino el otro Don Quijote, el Caballero Desamorado. El de la Triste Figura se vuelve al recién llegado, extrañado de su aspecto*.)

 TELLO.- Yo mismo puedo acomodarle a vuestra merced. Maese Roque está aposentando a otro viajero que venía de la corte.

 EL CABALLERO DESAMORADO.- Me imagino quién. Sin duda es don Álvaro Tarfe, muy gran amigo mío, pues uno de mis escuderos ha creído reconocer ahí fuera a su criado. Desde Toledo vengo en su busca, mas no esperaba hallarlo aquí, sino ya en Granada. (…) Sin duda eres soldado de este castillo, y es de mi gusto penetrar en él. Mas que sepas que no entraré en paz si no devolvéis la libertad a todos los caballeros, doncellas y escuderos que en vuestras oscuras mazmorras con crueldad tengáis presos.

 TELLO.- Señor caballero, aquí no hay castillo ni fortaleza, y mucho menos prisioneros; y si alguna fortaleza hay, es la del vino, que es bravo. Si quiere posada, entre, que le daremos buena cena y mejor cama[[2]](#footnote-2).

 DESAMORADO.- ¿He de fiar en tu palabra?

 TELLO.- Fíe en ella, por mi vida, que ya vendrá mi amo a rescatarla. (*Para sí, echando una ojeada al de la Triste Figura*.) Otro loco habemos, pero a fe que éste parece de otro molde.

(…)

 DESAMORADO.- (*Cortante, sin dejar de mirar al de la Triste Figura*.) Nada deseo sino acomodarme antes de la cena.

 TELLO.- Si lo desea, yo le anunciaré a ese viajero amigo de vuestra merced.

 DESAMORADO.- (*Se vuelve a Tello. Imperioso*.) ¡No es necesario! Yo mismo lo haré cuando le vea. Llevame a mi aposento y cuida que mis criados reciban también su acomodo. Que almohacen mis caballos y que suba a verme el alcaide en cuanto haya terminado con su huésped.

 TELLO.- (*Intimidado, le invita a seguirle*.) Señor... (*Sale, seguido del Caballero Desamorado*.)

 TRISTE FIGURA.- (*Solo*.) ¿Qué me inquieta de ese rostro que tan de propósito me contemplaba? ¿No parece un caballero andante, como yo mismo? Norma será del Marqués de Cenicientos recibir en hospitalidad a cuantos devotos de la caballería pasen por sus dominios. ¿De qué me extraño, entonces...?

 (*Llega Maese Roque desde la parte de los huéspedes*.)

 MAESE ROQUE.- (*Mira hacia la parte izquierda*.) Se conoce que han llegado otros viajeros. ¿Me será de fortuna para tan mala época del año este don Quijote, que con la paz de su locura quién sabe si no atrae bendiciones del cielo y medro para mi modesta venta?

 TRISTE FIGURA.- Señor Marqués...

 MAESE ROQUE.- (*Para sí*.) Me atosiga el titulito. (*Alto*.) Mi señor caballero...

 TRISTE FIGURA.- ¿Quién era ese viajero?

 MAESE ROQUE.- ¿Don Álvaro Tarfe?

 TRISTE FIGURA.- No, mas esotro que han introducido.

 MAESE ROQUE.- A fe que aún no lo he visto, pero en seguida le daré detalle.

 TRISTE FIGURA.- No se importune con eso. De momento, quiero rogar a vuestra merced un servicio que le será sencillo y a mí muy provechoso.

 MAESE ROQUE.- Diga vuestra merced...

 TRISTE FIGURA.- ¿Podría anunciar a ese caballero recién llegado, don Álvaro Tarfe, que deseo hablar con él? Le ruego que no le dé mi nombre, que yo mismo habré de darme a conocer.

 MAESE ROQUE.- Así se hará... (*Mira hacia los aposentos*.) Mas ahí viene él mismo, ya cambiado a lo de verano.

 TRISTE FIGURA.- Excuse entonces que cambie con él unas palabras.

 MAESE ROQUE.- Como guste.

 (*Llega don Álvaro, ya cambiado. Maese Roque hace una reverencia a ambos y se retira. Don Quijote está en pie, mirando a Tarfe, que advierte la atención del caballero. Tarfe se siente obligado a romper el silencio*.)

 TARFE.- ¿Se hospeda en esta posada, caballero?

 TRISTE FIGURA.- Así es, voy de camino y he parado en este castillo del Marqués de Cenicientos, que es la mejor posada para un caballero. Aún habré de quedarme unos días.

 TARFE.- ¿Adónde bueno camina vuestra merced, señor gentilhombre?

 TRISTE FIGURA.- A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced, ¿dónde camina?

 TARFE.- Yo, señor, voy a Granada, que es mi patria.

 TRISTE FIGURA.- ¡Y buena patria! Pero, dígame vuestra merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

 TARFE.- Mi nombre es don Álvaro Tarfe.

 TRISTE FIGURA.- Sin duda alguna que vuestra merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor aprendiz.

 TARFE.- El mismo soy, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o, a lo menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba.

 TRISTE FIGURA.- Y, dígame vuestra merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?

 TARFE.- No, por cierto. En ninguna manera.

 TRISTE FIGURA.- Y ese don Quijote, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

 TARFE.- Sí traía. Y, aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

 TRISTE FIGURA.- Eso creo yo muy bien, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza es mi escudero, que tiene más gracias que llovidas. Y el verdadero don Quijote de la Mancha, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, soy yo mismo. Cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

 TARFE.- ¡Por Dios que me asombra! Pues más de una vez tuve por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío.

 TRISTE FIGURA.- Yo no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo; para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y, en sitio y en belleza, única. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuestra merced suplico, caballero, se sirva hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y que yo no soy el don Quijote de la segunda parte.

 TARFE.- Eso haré yo de muy buena gana, que causa admiración ver dos don Quijotes al mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en la discreción; y vuelvo a decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado[[3]](#footnote-3).

1. Para las últimas frases de Don Quijote, cf. Quijote II, LXIV. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cf. Avellaneda, IV. [↑](#footnote-ref-2)
3. Para el diálogo hasta aquí entre Don Quijote y Tarfe, cf. Quijote II, LXXII. [↑](#footnote-ref-3)